

HERBERT SPENCER

William James (1904)

Traducción castellana de Cecilio Santiago (2016)

Este artículo de William James fue originalmente publicado en la revista Atlantic Monthly 94 (1904), 99-108. Se ha incluido también en sus obras completas: Essays in Philosophy, Frederick H. Burkhardt, Fredson Bowers, Ignas K. Skrupskelis (eds.), The Works of William James, Harvard University Press, Cambridge, MA, 1978, vol. 15, 107-122.

“Dios se mueve de manera misteriosa para realizar sus maravillas”. De ser el individuo humano la más grande de todas sus maravillas —la riqueza con la que se diversifican los especímenes dados, la ilimitada variedad del contorno, del gótico al clásico o al fluido arabesco, la contradictoria naturaleza de la amalgama, compuesto de pequeños y grandes, de cómicos y heroicos y patéticos elementos inextricablemente mezclados en personalidades que pueden, todas ellas, *funcionar*, y funcionar de un modo exitoso—, debe en efecto reconocerse el supremo milagro de la ingenuidad creativa. Pocas veces ha llevado a cabo la Naturaleza una hazaña más rara o más dickensiana que cuando deliberadamente diseñó (o en cuyo diseño se vio accidentalmente envuelta) la personalidad de Herbert Spencer. Seguramente, la grandeza y la pequeñez nunca convivieron de una forma tan íntima en una misma piel.

Los veredictos opuestos que sobre su obra emitieron sus contemporáneos dan testimonio de la extraordinaria mezcla de méritos y defectos de su naturaleza mental. He aquí unos pocos, yuxtapuestos:

—“Un aserradero filosófico.” — “El pensador más capacitado y potente de todos los tiempos.”

—“El paleta de la filosofía.” — “Aristóteles y su maestro no estuvieron mucho más allá de los pigmeos que les precedieron de lo que él lo está de Aristóteles.”

—“La cromofilosofía de Herbert Spencer.” — “Ningún otro hombre que haya caminado sobre la Tierra se ha forjado ni añadido a sí mismo tanto en la vida del mundo.”

—“El contacto con su pensamiento arrebató a cualquier cosa el sabor a vida” —“Está tan por encima y tan lejos de todos los demás grandes filósofos que jamás hayan vivido como el telégrafo está más allá de la paloma mensajera, o el ferrocarril del palanquín”

“Simplemente, ha combinado hechos que ya conocíamos en un enorme y fantástico sistema contradictorio que oculta su desnudez y

vacuidad, en parte bajo el velo de una terminología imponente, y en parte tras una niebla primigenia.” — “Sus contribuciones son de tal profundidad, de tal hondura y de tal magnitud que no existe parangón en toda la historia de la mente. Basta tomar uno (y el único) de los sobresalientes alcances de su pensamiento (en concreto, el referido al sentido positivo de lo Desconocido como la base de la religión), para que pueda afirmarse sin vacilar que el análisis y la síntesis por medio de las cuales avanza hacia la casi celestial comprensión de esa poderosa verdad, proporcionan la sensación de una capacidad y un entendimiento que rayan en lo preternatural.”

¿Pueden los dos gruesos volúmenes autobiográficos¹ que nos legó el señor Spencer explicar tales discrepantes apreciaciones? ¿Podemos hallar en ellos la revelación de una síntesis superior que reconcilie las contradicciones? En parte sí que explican, creo, e incluso justifican, ambas clases de juicio sobre el autor. Pero confieso que, en última instancia, todavía me siento desconcertado. En Spencer, como en todo individuo concreto, hay una originalidad que escapa a toda formulación. Podemos sentir su contacto y reconocer su gusto, por así decirlo, deleitoso o desagradable, según el caso, pero no podemos dar cuenta definitiva de ello, y al final tan sólo podemos admirar al Creador.

La tarea del señor Spencer, la unificación de todo conocimiento en un sistema articulado, supuso el intento más ambicioso desde Santo Tomás o Descartes. La mayoría de los pensadores se han autoconfinado o en las generalidades o en los detalles, pero Spencer se dirige al todo. Lidia con primeros principios lógicos, metafísicos y éticos, con la cosmogonía y la geología, con la física y, en cierto modo, con la química, con la biología, la psicología, la sociología, la política y la estética. Apenas si puede nombrarse alguna materia que no haya al menos rozado en alguno de sus muchos volúmenes. Su erudición fue prodigiosa. Su conciencia cívica y su valentía social fueron ambas admirables. Tuvo una vida pura. Fue un devoto de la verdad y la utilidad, y su carácter estuvo completamente libre de envidia y malicia (aunque no de desprecio), y de los perversos egoísmos que tan a menudo acompañan a la grandeza.

Seguramente, cualquiera que oyera esta veraz enumeración pensaría que Spencer debió haber sido un ser humano rico y exuberante. Tan grandes curiosidades debieron ir acompañadas de la más grande de las simpatías, y tan poderosa armonía de carácter, ya fuera un regalo congénito o la adquiriera gracias a la lucha libre espiritual y a comer pan de lágrimas², debió haber sido, en cualquier caso, un glorioso espectáculo para el espectador. Desde Goethe, no pudo verse ser humano tan ideal sobre la faz de nuestra pobre tierra.

Pero cuando recurrimos a la *Autobiografía*, esta es la autoconfesión que encontramos: un personaje quisquilloso, que habita casas de

¹ Herbert Spencer, *An Autobiography*. New York: D. Appleton & Co. 1904

² En referencia a *Salmos*, 80:5 [N. del T.]

huéspedes, uniforme y tibio en todos sus gustos y pasiones, de una curiosidad nada aleatoria y que muestra poco interés tanto por libros como por personas. Un malvado criticón y un puntilloso tiquismiquis, desprovisto en la juventud de cualquier gran proyecto de vida, con aprecio sólo por el lado mecánico de las cosas, pero en una deriva, llamémosla involuntaria, hacia la posesión de una fórmula mundana que, mediante su extraordinaria obstinación, procedió a aplicar en tantísimos casos excepcionales que acabó por hacer de él un filósofo a pesar de sí mismo. Se presenta como bastante modesto, pero con una vanidad curiosa en algunos de sus defectos: su falta de intereses sin objeto, por ejemplo, y su inconformidad con las costumbres reinantes. Da la rara sensación de no tener perspectiva emocional, como si las cosas pequeñas y las grandes estuviesen en el mismo plano visual, y merecieran por igual su atención. A pesar de su profesada antipatía por la monotonía, uno percibe en él una cualidad terriblemente monótona; y a pesar del hecho de que esa invalidez le condenara a evitar el pensar, a deambular y a entretenerse durante la mayor parte de los días, no encuentra uno ninguna región crepuscular en su mente, ni capacidad alguna para la ensoñación ni la pasividad. Todas sus partes están llenas del mismo resplandor de mediodía, como un desierto en el que cada grano de arena se mostrara por separado, y no hay ni misterios ni sombras.

“Observa este retrato y ese” y responde cómo pueden ambos ser comparables³. En primer lugar, el señor Spencer se *devalúa* demasiado. Se queja de tener una memoria pobre, una disposición ociosa, de que no le gusta leer. Ha habido sin duda hombres con más talento para todos esos asuntos. Cada vez que Spencer se entregaba a una tarea concreta, su memoria, su aplicación y su lectura iban más allá de todos los mejor dotados. Era extremadamente sensible a que un desafío le estimulara, y poseía una preeminente persistencia. Una vez la noción de su sistema filosófico se apoderó de él, pareció que éste entró en posesión de cada fibra disponible de su ser. Ninguna de sus facultades se quedaba sin trabajar —como, por otra parte, nada de lo que su filosofía pudiera contener se quedaba sin ser expresada. Dicho rápido y mal, la tarea y el hombre se absorbían la una al otro sin dejar residuos.

Comparen este tipo de mente con un tipo tan opuesto como la de Ruskin o incluso la de J. S. Mill, o la de Huxley, y se darán cuenta de su peculiaridad. Tras las obras de estos otros había un trasfondo de rebosantes tentaciones mentales. Los hombres surgen más grandes que sus publicaciones, y dejan una impresión de potencialidades inexpressadas. Spencer arrojó todas sus potencialidades a lo Desconocido, y les dio felizmente la espada para siempre. Sus libros parecen haber expresado todo lo que en su carácter había de expresable.

³ Referencia a *Hamlet*, acto tercero, escena XXVI [N. del T.]

Es franco consigo mismo en cuanto a esto. Ningún periodo de *Sturm und Drang*, ni fase problemática del pensamiento, donde la carga de lo-mucho-por-enderezar sobrepasa a la fuerza enderezadora.

Cuando George Eliot manifestó sorpresa al no ver ninguna arruga en su frente, su réplica fue:

—Supongo que se debe a que nunca estoy perplejo. Ese nunca ha sido mi estilo —continúa—, establecer frente a mí un problema y descifrar una respuesta. Las conclusiones que, de vez en cuando, he alcanzado, no han sido alcanzadas en tanto que soluciones a la pregunta planteada; sino que han sido alcanzadas por sorpresa (cada una como la consecuencia última de un cuerpo de pensamientos que lentamente creció de un germen). Alguna observación directa, o algún hecho con el que me encontraba al leer, se quedaba a vivir en mí, aparentemente porque capté su importancia... una semana después, posiblemente, recordaría el asunto; y, con un pensamiento más extenso sobre ello, puede que se diera un reconocimiento de una aplicación más amplia: nuevos ejemplos se agregaban a los ya advertidos. De nuevo, tras un lapso —etc., etc., —. Y así, poco a poco, de manera discreta, sin intención consciente o esfuerzo aparente, maduraba una teoría coherente y organizada (vol. I, pág. 462-464).

Una especie de molino, este, destinado a moler de una manera determinada, una irreflexiva, por otra parte.

“Ese aplicarse día tras día con la única idea general de adquirir información, o de aumentar las habilidades, no estaba en mí.” “Cualquier cosa parecida a una receptividad pasiva es extraña a mi naturaleza; de lo que resulta una pequeña tendencia inusual a ser afectado por los pensamientos de los demás. Parece como si la fábrica de mis conclusiones tuviese que ser, en todos los casos, desarrollada desde dentro... hubo siempre cierta disposición a recibir material que pudiera asimilarse y organizarse de tal manera que formara parte de una estructura coherente. Pero las ideas y los sentimientos de tipo extraño, o de tipo inorganizable, eran, si no rechazadas, sí aceptadas con indiferencia y enseguida descartadas.” “Me ha sido siempre imposible continuar con un libro que exponga los principios fundamentales con los que disiento enteramente... doy por sentado que si los principios fundamentales son incorrectos, el resto no puede ser cierto; e inmediatamente después cesa la lectura —lo que supone, me temo, la mejor de las excusas para hacerlo.” “Tampoco consultaba en absoluto libros sistemáticos sobre política o ética que estuvieran escritos desde puntos de vista muy diferentes al mío... o bien les echaba una ojeada para después ignorarlos” (vol. I, pág. 215, 277, 289, 350).

Hay más orgullo que reparo en estas confesiones. La mente de Spencer estaba tan estrechamente sistematizada, que al final era casi incapaz de creer en la realidad de los modos extraños del sentir. La arrogancia invariable de sus réplicas a las críticas muestra su absoluta confianza en sí mismo. Cada opinión en el mundo debía estar

correctamente articulada o equivocadamente articulada (así lo probaba algún principio que otro de su infalible sistema).

Confiesa abiertamente su inflexibilidad y su criticismo. El relato sobre su padre hace que uno crea en la fatalidad de la herencia. Nacido de un viejo linaje inconformista, el anciano Spencer fue un hombre de absoluta puntualidad. De los que se apartan de su camino para darle una patada a una piedra y sacarla de la acera por temor a que alguien pudiera tropezar con ella. Si veía a niños peleando se detenía a mostrar su desaprobación; y era incapaz de pasar junto a un hombre que estuviese maltratando a un caballo sin intentar lograr que se comportara mejor. Jamás se quitaba el sombrero ante nadie, sin importar su rango, ni se le podía presentar de tal manera que tuviese que dirigirse a alguien como "Señor don" o "Reverendo". Nunca se puso ninguna señal de luto, ni siquiera por su padre o su madre; ni observó ningún estilo de abrigo y sombrero de ninguno de los cambios de moda. 'Progreso' fue siempre y en todas partes su lema. Cualquier cosa que escribiera tenía que ser infinitamente corregida, y su amor por el detalle le llevó toda su vida a descuidar los grandes fines en detrimento de los pequeños. De buen corazón, pero de consciencia pedante, y de una inteligencia en cierto modo vigorosamente mecánica.

Dice Herbert Spencer de sí mismo: "Nadie negará que soy muy dado a la crítica. Junto a la exposición de mis propias opiniones ha ido siempre un señalar los defectos en las de los demás. Y, si es esto un atributo de mi escritura, más aún es un atributo de mi conversación. La tendencia a encontrar defectos es dominante, desagradablemente dominante. Ese indicar los errores en el pensamiento y el discurso que los demás hacen, ha sido toda la vida un hábito incurable —un hábito por el cual yo mismo me he reprobado, pero en vano."

Las ilustraciones del hábito abundan en la *Autobiografía*, por ejemplo:

"Últimamente he observado varios casos en los cuales... habiendo hallado lo correcto, la gente lo abandona deliberadamente por lo incorrecto... Una generación atrás, los saleros se fabricaban con formas prácticas —elipses o paralelogramos prolongados: estando la ventaja en que al colocar longitudinalmente la cuchara de la sal⁴, ésta permanecía en su lugar. Pero, desde hace algún tiempo, ha dictado la moda saleros circulares, en el borde de los cuales la cuchara de la sal no se está quieta sino haciendo habilidosos equilibristas: se cae al mantel... Durante mi infancia, una jarra se fabricaba con una forma a la vez práctica y elegante... Ahora, sin embargo, la casi universal forma de una jarra al uso, es el tronco de un cono, con una boca en miniatura. Combina todos los defectos posibles. Sin estar en absoluto llenas, es imposible verter una pequeña cantidad sin que parte del líquido chorree por debajo de la boca; y no se puede verter una cantidad más grande

⁴ La cuchara de la sal era un utensilio que se usaba junto con un salero cóncavo. Un objeto histórico anterior al salero tal y como lo conocemos en la actualidad [N. del T].

sin exceder los límites de la boca y que se derrame por todos sus lados. Si la jarra está medio vacía, debe uno inclinarla durante un buen rato hasta que sale algo de líquido; y entonces, cuando sale, lo hace a la carrera; porque su superficie se ha vuelto ahora tan grande que una pequeña inclinación reparte una enorme cantidad. A todo lo cual se añade que la forma es tan fea como bien pueda a uno ocurrírsele. Aún más extraordinario es el disparatado cambio hecho en otro utensilio cotidiano...". Y sigue Spencer sacando fallos a la forma cilíndrica de un apagavelas, que demuestra con una descripción de su forma que "...apretuja la mecha en la cera derretida: siendo el resultado que, al retirar el apagavelas al día siguiente, la mecha, incrustada en la composición solidificada, no puede encenderse sino con dificultad" (vol. II, pág. 238).

La explicitud implacable, la puntualización, todo, hacen que estos ejemplos de crítica pública contra lo que probablemente fuese el equipamiento de alguna de las últimas casas de huéspedes del señor Spencer, suenen como algunos pasajes de *El individuo contra el Estado*. Otro ejemplo:

"Jugar al billar llegó a ser mi 'mi costumbre de cada tarde'... Aquellos que se confiesan jugadores de billar normalmente dan alguna clase de excusa... A mí me basta con decir que me gusta el billar, y considero motivo suficiente el logro del placer dado. Durante mucho tiempo he plantado cara ese ascetismo que convierte en una ofensa el hacer algo por el simple placer de hacerlo; y lo he condenado habitualmente, siempre y cuando no se inflija daño al prójimo, ni daño ulterior a uno mismo, y siempre y cuando se haya cumplido con las varias tareas de la vida, la persecución del placer por el placer resulta perfectamente legítima y no requiere disculpa alguna. La opinión opuesta no es más que un episodio del viejo culto al diablo del bárbaro, que buscaba complacer a su dios infligiéndose daños a sí mismo, y creía que su dios se enfadaría si se hacía feliz a sí mismo." (vol. II, pág. 263).

El tono de pedante rectitud en esos pasajes resulta característica. Cada pequeña cosa o está bien o está mal, y, de estar mal, puede probarse de manera articulada por medio del razonamiento. A ese ritmo la vida se vuelve demasiado árida y literal, y pierde toda perspectiva aérea; y cuando los asuntos discutidos poseen una rica variedad de aspectos, el efecto resulta de lo más desagradable; como lo es también cuando el aspecto del cual el señor Spencer extrae sus conclusiones es manifiestamente parcial.

Por ejemplo, en su crítica del arte. En su juventud, Spencer hizo muchos dibujos, tanto técnicos como artísticos. El volumen uno contiene una fotografía de un muy encomiable busto de su tío que él mismo modeló. Tenía oído para la música, y practicó el canto. Prestó atención a la moda, y no fue del todo insensible a la poesía. Pero en todos sus tratos con los productos artísticos de la humanidad manifiesta la misma curiosa aridez y mecánica literalidad de juicio —una aridez inflada por el

orgullo de su inconformismo. Prefiere, por ejemplo, entregar una gran suma de dinero antes que leerse entera la *Iliada* de Homero: la incesante repetición de batallas, discursos y epítetos como 'griegos de buenas grebas' o 'troyanos domadores de caballos'; la tediosa enumeración de vestidos, armas y cuadrigas; absurdecos tales como presentar la genealogía de un caballo en mitad de una batalla; o la atracción por las salvajes y brutales pasiones, enseguida hacían que el poema le resultara insoportable (vol. I, pág. 300). Los cuadros de Turner los encuentra falsos, en los que el área del suelo es habitualmente tan luminosa como la del aire. Y lo que es más, Turner esparce su trazo demasiado uniformemente. En las estatuas griegas el pelo se trata de una forma falsa. La pintura renacentista, incluso la mejor, la echan a perder la iluminación irreal y la no representación de la luz que se refleja en las sombras. El gótico veneciano peca de ornamentación sin sentido. La basílica de San Marcos tal vez sea arqueológicamente valiosa, pero no tiene valor estético. De la música de Wagner no admira más que la habilidosa especialización de los instrumentos en la orquesta.

La crítica en todos estos casos descansa en la observación, verdadera hasta cierto punto; pero la plena ausencia de relaciones cordiales con la totalidad del fenómeno en discusión, el aferrarse a cierto ínfimo aspecto mecánico de éste que se presta, en sí mismo, a una demostración razonada por medio de *a* más *b*, y el rechazo práctico a todo lo que apele a más vago sentimiento, muestran una mente tan peculiarmente limitada a los explícitos procesos del raciocinio, y tan ligada a lo superficial y a lo flagrantemente *insuficiente*, que uno empieza a preguntarse si, en las esferas filosófica y científica, la misma mente puede o no haber obtenido resultados de extraordinario valor.

La respuesta es "sí" y "no". Cualquiera que escriba libros o artículos sabe cómo debe uno trompicar hasta que da con un comienzo apropiado. Una vez hallado el adecuado, lo demás se sigue con facilidad y en el debido orden. Si un hombre, por limitado que sea, se topa, incluso por accidente, con uno de esos fértiles comienzos, y sigue el hilo con pertinacia, es casi seguro que se encontrará con la verdad en su camino. Algunos pensamientos actúan casi como centros mecánicos de cristalización; los hechos se arraciman en torno a ellos. El crecimiento gradual de todas las cosas, mediante procesos naturales, a partir de antecedentes naturales, fue un pensamiento de esa clase. Hasta mediados del siglo XIX nadie había aprehendido esto *en conjunto*; y el pensador que primero lo hiciese estaría destinado a hacer descubrimientos en proporción a la exclusividad de su interés por tal principio. El que tuviese el ojo más sagaz para los ejemplos y las ilustraciones, y se dejase apenas distraer por la casual curiosidad tangencial, se anotaría el triunfo más rápido.

Spencer es en efecto merecedor del inmenso crédito de haber sido el primero en ver en la evolución un principio absolutamente universal. Y si

otra persona había captado ya su universalidad, ésta fracasó en capturar a esa otra persona del modo en que capturó a Spencer. Para Spencer se convirtió instantáneamente en “la concepción rectora que atraviesa y conecta todas las ciencias concretas” (vol. II, pág. 196). Aquí había como mínimo “un objeto a la vez lo bastante grande y distinto” como para superar su “ociosidad constitucional.” “Con un fin importante y definido que alcanzar, podría trabajar” (vol. I, pág. 215). Se convirtió, en resumen, en víctima de una vívida obsesión, y por primera vez en su vida parecía haberse vuelto genuinamente ambicioso. Cada sección de su experiencia, pequeña o grande, cada idea de su almacén mental, tenía ahora que ser considerado en referencia a su relevancia en ese nuevo principio universal. En las páginas 194-199 del segundo volumen hace un interesante resumen del modo en que todas sus ideas previas y subsiguientes entraron en armoniosa coordinación y subordinación, en cuanto tuvo esta llave maestra a la comprensión. Aplicándola en conjunto como él hizo, innumerables verdades, desapercibidas hasta entonces, tenían que caer en su morral. Y es peculiar truco suyo —esa gazmoña flaqueza en las relaciones cotidianas— de tratar todas y cada una de las cosas más pequeñas bajo una ley abstracta, supuso aquí un mérito. Sumemos su olfato detectivesco para lo que andaba persiguiendo y su infatigable pertinacia a su prioridad por percibir la única gran verdad, y justificaremos completamente su estima popular como uno de los genios mundiales, a pesar del hecho de que el así llamado “temperamento” del genio, parezca haber estado tan ausente en él.

En cierto sentido, por tanto, la estrechez y aridez de Spencer fueron, más que un freno, una ayuda para su logro. Concedo que debió confeccionarse un gran cuadro *quelconque*⁵ antes de que los detalles pudieran perfeccionarse, y que una mayor riqueza y receptividad de mente habría conllevado dudas. La calidad habría sido mejor en algunos puntos, pero la extensión se habría resentido.

Spencer es así el filósofo de lo vasto. Menospreciado por muchos especialistas, quienes se quejan de sus imperfecciones técnicas, ha ampliado aun así la imaginación, y liberado la mente especulativa de incontables doctores, ingenieros y abogados, de muchos físicos y químicos, y de los considerados legos en general. Es el filósofo al que pueden apreciar aquellos que no tienen filósofo. Poder decir esto de cualquier hombre es todo un elogio, y da el “sí” como respuesta a mi anterior pregunta.

¿Puede darse el “no” como respuesta sin vacilar? Ya lo creo, si uno hace que el aspecto cualitativo de la obra de Spencer anule el aspecto cuantitativo. El tibio y uniforme temperamento, la estrechez de simpatía y pasión, la debilidad por las formas mecánicas de pensamiento, la imperfecta receptividad y la falta de interés por tales hechos, separados

⁵ *Cualquiera*, en francés en el original. [N. del T.]

de su posible conexión con una teoría; o mejor, la viveza misma, la agudeza de olfato y la pertinacia; todas estas son las cualidades que pueden conducir fácilmente a la mediocridad y a contentarse con un logro barato y urdido a la ligera. Como los *Primeros Principios* del señor Spencer es el libro que ha extendido su reputación más que ningún otro, tal vez haría mejor en explicar a qué me refiero mediante la crítica de algunas de sus peculiaridades.

Leí este libro siendo joven, cuando aún se publicaba por entregas, y uno lo llevaba con entusiasmo por las perspectivas intelectuales que parecía abrir. Cuando un compañero más maduro, el señor Charles S. Peirce, lo atacó en mi presencia, me sentí espiritualmente herido, como si desfigurara una imagen o un cuadro sagrado, aunque no fui capaz de defenderlo verbalmente de sus críticas.

Lo he usado más tarde como libro de texto con estudiantes, y el resultado final de mis relaciones con él dicta un veredicto sumamente desfavorable. Aparte de la gran verdad en la que insiste, que todo está de algún modo conectado, y aparte del inevitablemente estimulante efecto de un retrato tan universal, considero sus enseñanzas como un museo de razonamientos patosos. Permítanme que trate de indicar brevemente en qué baso esta opinión.

Me salto la sección sobre lo Incognoscible, porque esta parte de la filosofía del señor Spencer le ha granjeado menos seguidores que cualquier otra. Consiste mayormente en un refrito del refrito de Mansel de la *Filosofía de lo Condicionado* de Hamilton, y que apenas si ha levantado cabeza desde que John Mill la demoliera de manera tan efectiva. Si bien la crítica de nuestra humana constitución intelectual es necesaria, hoy en día puede obtenerse de Bradley mejor que de Spencer. El modo de reconciliar ciencia y religión de este último resulta, además, ridículamente *naif*. Encuentra, dice, una fundamental verdad abstracta en la cual ambas pueden coincidir, y que las reconciliará. Esa verdad, piensa, es que *existe un misterio*. El problema es que es precisamente por esas verdades tan comunes por lo que comienza la discrepancia. ¿Acaso el hecho de que tanto Lutero como Loyola creyeran en el Papa les reconcilió? ¿Reconcilió al Sur y al Norte el que ambos estuviesen de acuerdo en que existía la esclavitud? La religión asegura que el "misterio" es interpretable por medio de la razón humana; la "ciencia", hablando por boca de Spencer, insiste en que no. La admisión de que hay un misterio es la campana que hace que empiece la pelea. Más aún, para novecientos noventa y nueve hombres de cada mil el sentido del misterio es el sentido de un *más-por-saber*, no el sentido de un Más, por *no* saber.

Pero saltémonos lo Incognoscible, y vayamos a la famosa ley de la Evolución de Spencer.

La "Ciencia" trabaja con varios tipos de "leyes". El tipo más frecuente y útil es el de "ley elemental" —la de composición de las fuerzas, la de gravitación, de refracción, y similares. Tales leyes declaran la no

existencia de hechos particulares, y no hacen profecías con respecto a ningún futuro concreto. Se limitan a decir que *si* en algún hecho se halla un determinado atributo, otro atributo coexistirá con él o le seguirá. La utilidad de esas leyes es proporcional al grado en que los atributos que tratan impregnan el mundo, y a la precisión con la que son definidos.

Otro tipo lo forman las leyes estadísticas, que declaran de manera positiva algo sobre el mundo de la realidad. Aunque no nos dicen nada sobre la composición de las cosas, ni de las abstractas ni de las concretas, afirman que el resultante de sus acciones tiende preponderantemente a una dirección particular. Las poblaciones tienden a las ciudades; las clases sociales tienden a desarrollarse de forma desconectada; la energía disponible en el universo está reduciéndose... tales leyes predicen el futuro real *en gros*⁶, pero nunca nos ayudan a predecir ninguno de sus detalles particulares.

La ley de la Evolución de Spencer pertenece a la variedad estadística. Define lo que significa la evolución, y lo que significa la disolución, y afirma que, aunque ambos procesos van siempre unidos, en la actual fase del mundo existe una tendencia en favor de la evolución. En la primera edición de *Primeros Principios*, un cambio evolutivo cualquiera se describía como el paso de un estado de homogeneidad indefinida e incoherente a uno de heterogeneidad definida y coherente. El señor Spencer prueba la existencia en todo de una deriva en esa dirección, tanto a través de un sondeo de los hechos, como deduciéndola de ciertas leyes del tipo elemental, a las cuales llama respectivamente "la inestabilidad de lo homogéneo", "la multiplicación de los efectos", "segregación" y "equilibración". Las dos primeras aseguran la heterogeneidad, mientras que la "segregación" trae consigo la definición y la coherencia, y la "equilibración" detiene el proceso, y decide cuándo los cambios disolutivos han de comenzar.

El panorama al completo resplandece de variedad e inclusividad, y ha despertado admiración por la filosofía en mentes que nunca antes habían admirado la filosofía. Como Descartes en su día, Spencer apunta a la explicación puramente mecánica de la Naturaleza. El universo cognoscible no es más que materia y movimiento, y su historia no es sino la de la "redistribución" de esas entidades. El valor de tal explicación con fines científicos depende enteramente de cuán consistente y exacta sea. Cada "cosa" debe ser interpretada como una "configuración", cada "evento" como un cambio de configuración, cada predicado atributivo debe ser de tipo geométrico. Regulado por estos requerimientos mecánicos, el intento de Spencer fracasó de manera lamentable. Sus términos son la vaguedad y la ambigüedad encarnadas, y parece incapaz de tener en cuenta el punto de vista mecánico durante cinco páginas seguidas.

⁶ A gran escala; en general; al por mayor. En francés en el original [N. del T.]

"Definido", por ejemplo, difícilmente es una idea física. Cada movimiento y cada disposición de la materia es definitivamente lo que es —la niebla o un garabato irregular, lo mismo que una bola de billar o una línea recta. Con 'definición en una cosa' Spencer se refiere a cualquier carácter que atraiga nuestra atención, y nos fuerce a distinguirlo de cualquier otro. En él, la palabra tiene una connotación humana, no física. Las cosas definidas, en su libro, aparecen finalmente como meras *cosas para las que los hombres han fabricado nombres distintos*, de manera que apenas hay pretensión de mantener el punto de vista mecánico. Por supuesto, los nombres aumentan a medida que la historia de la humanidad prosigue, por lo que la "definición" en las cosas debe necesariamente desarrollarse cada vez más.

"Coherente", de nuevo. Esta tiene el definido significado mecánico de resistirse a la separación, de mantener la unidad; pero Spencer usa ese significado a tontas y a locas. En él, coherencia significa algunas veces *permanencia en el tiempo*, y otras *dependencia mutua entre las partes*, ya que se actualiza en un sistema ampliamente disperso sin ninguna configuración de material fijo. Por ejemplo, una casa de contratación con sus "viajeros", sus barcos y sus coches.

Un lector honradamente mecánico enseguida se frota los ojos con desconcierto ante la orgía de ambigüedad que le están presentando. En los fuegos artificiales de Spencer, cada término centellea a través de todo un espectro de significados con el fin de adaptarse a sí mismo a las sucesivas esferas de evolución a las que deba ir aplicándose. "Integración", por ejemplo. Una coherencia definida es una Integración; y los ejemplos de integración que se dan son la contracción de la nebulosa solar, la formación de la corteza terrestre, la calcificación del cartílago, la reducción del cuerpo de los cangrejos, la pérdida del rabo en el hombre, la dependencia mutua de animales y plantas, el crecimiento de los estados poderosos, la tendencia de la ocupación humana a dirigirse a distintas localidades, la caída de las inflexiones finales en la gramática inglesa, cómo forma la mente los conceptos generales, el uso de maquinaria en lugar de herramientas simples, el desarrollo de la 'composición' en las artes plásticas, etc., etc. Resulta obvio que ninguna de las formas de movimiento de la materia caracteriza a ninguno de estos hechos. Los humanos tan sólo encarnan la cada vez más exitosa búsqueda de ciertos fines.

En la segunda edición de su libro, el señor Spencer complementó su primera fórmula con una adición unificadora, destinada a ser estrictamente mecánica. "Evolución", dice ahora, "es la integración progresiva de la materia y la disipación del movimiento", durante la cual tanto materia como movimiento experimentan los previamente designados tipos de cambio. Pero esto empeora la fórmula, en lugar de mejorarla. La parte de "disipación del movimiento" no es más que una vaguedad... ¿por qué un movimiento particular "desaparece" cuando un hombre o un estado se vuelven más altamente evolucionado? Y la

integración de la materia pertenece únicamente a la evolución estelar y geológica. Ni el aumento de la gravedad específica, ni una mayor solidez, que son las únicas integraciones de materia concebibles, son una señal de las cosas vitales, mentales o sociales más evolucionadas.

Es obvio que los hechos de los que Spencer da cuenta aquí de un modo tan torpe podrían haber sido establecidos con más sencillez. Primero está la evolución solar, y después la geológica, procesos describibles con exactitud como integraciones en el sentido mecánico, más concretamente, como reducción de volumen, o crecimiento en dureza. Luego aparece la Vida; y después de eso ni la integración de materia ni la disipación de movimiento desempeñan ningún papel. El resultado de la vida, sin embargo es llenar el mundo cada vez más con objetos que exhiban *unidad orgánica*. Con ello se entiende cualquier disposición en la cual una parte mantiene la existencia de las demás partes. Algunas unidades orgánicas son materiales: un erizo de mar, por ejemplo, unos grandes almacenes, un funcionariado, o una organización eclesiástica. Otras son mentales, como una "ciencia", un código de leyes, o un programa educativo. Pero ya se trate de productos materiales o mentales, la unidades orgánicas deben *acumularse*; porque cada vieja cosa tiende a conservarse, y si algunas nuevas surgen con éxito, también "vienen para quedarse". El uso humano que hace Spencer de los adjetivos "integrado", "definido" y "coherente" ya no escandaliza a nadie. Nos encontramos francamente en terreno teológico, la metáfora y la vaguedad están permitidas.

Esta tendencia de las unidades orgánicas a acumularse una vez están formadas es absolutamente toda la verdad que soy capaz de destilar del inmanejable relato que hace Spencer de la evolución. Resulta un cuadro menos llamativo y cromático, pero es lo poco que tiene de exacto.

Innumerables críticas se arremolinan en torno a mi lápiz, pero me faltan entrañas para expresarlas... es una labor demasiado triste. Una última palabra sobre la concepción de Spencer de "Fuerza", sin embargo, insiste en ser añadida; ya que, aun siendo de las más esenciales, es una de sus ideas más vagas.

Sobre todas sus leyes especiales de la evolución reina una ley absolutamente general, la de la "persistencia de la fuerza". Con esto se refiere unas veces Spencer a la ley fenoménica de conservación de la energía, otras al principio metafísico de que la cantidad de lo existente es inalterable, a veces al principio lógico de que todo sucede por una causa, otras al postulado práctico de que, a menos que exista una diferencia asignable, uno debe llamar 'lo mismo' a una cosa. Esta ley es de las más vagas, de la cual no puedo proporcionar ningún relato claro; pero "fuerza mental" y "fuerza social" son buenos ejemplos de su vaguedad. Estas manifestaciones de la fuerza universal, dice, se deben a la fuerza vital, y esta última a la fuerza física, siendo ambas proporcionales a la cantidad de fuerza física que se "transforma" en ellas. ¿Pero qué demonios es la "fuerza social"? A veces la identifica con la

“actividad social” (mostrando que esta última es proporcional a la cantidad de comida consumida), otras con el trabajo realizado por los seres humanos y sus máquinas de vapor, el cual se debe en última instancia, nos muestra, al calor solar. Jamás se le ocurriría a un lector de esta páginas que una fuerza social propiamente dicha pudiera ser algo que actuara como un estímulo de cambio social —un líder, por ejemplo, un descubrimiento, un libro, una idea nueva o un insulto nacional; y que la más grande de las “fuerzas” de este tipo necesitara encarnar no más “fuerza física” que la más pequeña de ellas. Aquí la medida de la grandeza es el efecto producido en el ambiente, no una cantidad precedentemente absorbida de la naturaleza física. El propio señor Spencer es una fuerza social; pero no comió más que ningún hombre medio, y su cuerpo, si se incinerara, no liberaría más energía. Los efectos que él ejerce poseen la naturaleza *de las liberaciones* —sus palabras aprietan el gatillo de ciertos tipos de cerebros.

La distinción fundamental en mecánica entre fuerzas de atracción y repulsión y fuerzas de liberación es una de las que el señor Spencer, en sus primeros años, no hizo uso en ningún momento. Sólo en la sexta edición dio muestras que esto había capturado seriamente su atención. Las fuerzas implicadas en biología, psicología y sociología son casi exclusivamente fuerzas de liberación. La explicación de Spencer de las fuerzas sociales no es ni buena sociología ni buena mecánica. Su débil aprehensión del concepto de fuerza vicia, de hecho, toda su obra.

Pero el cometido de un criticón es repulsivo. *Ensayos, Biología, Psicología, Sociología* y la *Ética* son todos ellos mejores que *Primeros Principios*, y contienen numerosos y admirables fragmentos de un penetrante trabajo al detalle. Mi impresión es que, de los tratados sistemáticos, la *Psicología* resulta el más original. Spencer fue aquí pionero en insistir en que, desde que la evolución de la mente y su entorno han ido de la mano, deben ser estudiadas conjuntamente. Dio al estudio aislado de la mente el golpe de gracia definitivo, y eso es en efecto un gran logro. Para asegurarse se excedió de la materia, como siempre, y no dejó espacio para ninguna otra estructura mental, excepto la que pasivamente resultaba del almacenaje de las impresiones que los padres recibían del mundo exterior, ordenadas según su frecuencia, y eran luego transmitidas a sus hijos. La creencia en que cualquier cosa que los progenitores adquieren es heredada por los hijos, y el ignorar las variaciones puramente internas, son puntos débiles; pero el introducir el ambiente como algo vital fue un golpe maestro.

He de decir que la controversia que Spencer sostuvo con Weismann acerca de la herencia de los caracteres adquiridos, en la que se involucró después de cumplir los sesenta, me parece de hecho cualitativamente mejor que ninguna otra parte de su obra. Es una labor sincera sobre un rompecabezas, una verdadera investigación.

La *Ética* de Spencer es un vitalísimo y originalísimo ejemplo de posicionamiento en el mundo de los ideales. Su actividad ético-política

en general respira el más puro espíritu de libertad inglés, y sus ataques a la sobreburocratización y su crítica a la inferioridad de los grandes sistemas centralizados merecen figurar en los libros de texto de los individualistas de todo el mundo. Confieso que es con esta parte de su trabajo, a pesar de su rigidez y su tono de inflexibilidad, con la que más simpatizo.

Al volver la vista hacia el señor Spencer como un todo, tal y como le revela esa admirablemente sincera *Autobiografía*, aparece una figura única de pintoresca consistencia. Jamás varió en aquella inimitable mezcla de mentalidad pequeña y vasta, de liberalidad y enmarañamiento, que fue su toque personal, y que define nuestro poder de formulación. Si un concepto lógico abstracto pudiera cobrar vida, su vida sería como la de Spencer: la misma definición de exclusión e inclusión, el mismo temperamento anodino, la misma estrechez de resolución y vastedad de alcance, el mismo poder de aplicarse a sí mismo en innumerables ejemplos. Pero él no fue una idea abstracta; fue un hombre vigorosamente devoto de la verdad y la justicia tal y como las entendió en aquel entonces, con una profunda percepción, y que logró terminar, bajo la terrible frustración de una mala salud, una obra que, tomada en términos generales, es extraordinaria. Una vida humana es más grande que cualquiera de sus posibles tasadores, peritos y críticos. En comparación con la vida de Spencer propiamente dicha, y ya que yo mismo me he visto, al producir, en todos esos mismos padecimientos, tal caracterización crítica parece sin duda algo bastante carente de importancia, además de una descortesía.